

R-15978

Tratado

de

Periodismo

POR

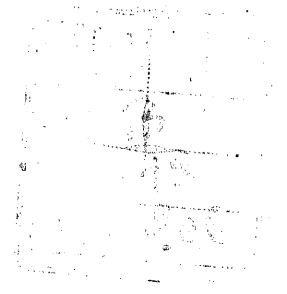
Augusto Jerez Perchet



GRANADA.

EL PENSIADOR DE GRANADA.

1901



R-16978

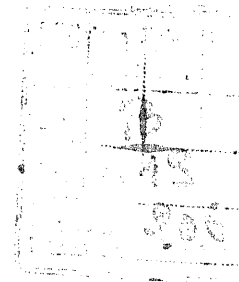
Tratado

de

Periodismo

POR

Augusto Jerez Perchet



GRANADA.

IMP. DE EL DEFENSOR DE GRANADA.

1901

DEDICATORIA

A Don Luis Seco de Lucena,
Propietario y Director de **EL DEFENSOR**
DE GRANADA.

Durante algunos años tuve la honra de trabajar á las órdenes de usted, en concepto de redactor jefe de **El Defensor de Granada**, periódico modelo que evidencia cuántos son los prestigios y cuántas las aptitudes de su propietario-Director.

En aquella época se fortalecieron los lazos de afecto entre usted y yo, y en lo sucesivo no experimentaron detrimento; cosa rara, porque la flaqueza ingénita en el hombre lleva su dolorosa acción al extremo de desgastar y borrar los sentimientos más puros.

Así para celebrar el caso, como en justo acatamiento de un deber de conciencia, doy tono y fuste á este libro, dedicándolo á quien es verdadero maestro en el periodismo.

Augusto Jerez Berchet.

Málaga, Junio 1901.

ADVERTENCIA

Una humorada me impulsa á publicar estas páginas, que título TRATADO porque de algún modo he de llamarlas; pero que en rigor, se limitan á ideas personales, con exclusión de todo alarde erudito.

La práctica de treinta y dos años de periodismo debía animarme á escribir una obra de importancia, mas no me conceptúo con autoridad bastante para emprender la empresa.

Este libro puede ser leído sin temor alguno, toda vez que carece de *Prefacio*, *Peristilo*, *Intermezo*, *Cripta* y *Epilogo*, majaderias ahora en moda y que nadie entiende.

A. Jerez.

Málaga, Marzo 1901.

El Periódico en general.

Como mi objeto se limita á consideraciones de orden práctico, no he de entrar en detalles acerca de la historia del Periodismo. De lo contrario, me suministrarían muchos materiales las *Efemérides* de la antigua Grecia, destinadas á referir los acontecimientos cotidianos; hablaría de los *Anales pontificios* y de las *Actas diurnas*, de los romanos; trataría de las *Hojas volantes* de los siglos XV y XVI; del desarrollo que esas *Hojas* adquirieron en Alemania desde 1457 á 1560; dedicaría un recuerdo á las curiosas *Relationes semestrales*, publicadas en Francfort en 1590 y que fueron precursoras del *Diario Oficial del correo de Francfort*; y, siguiendo este examen, me ocuparía de la aparición de los pe-

riódicos en Italia en 1563; del primero de Londres en 1622; del primero francés que nació en París el año 1605; del primero de Lisboa en 1641; y, por último, recurriría á los *Documentos* que ofrece César Cantú en su *Historia Universal*, y exhumaría datos interesantes acerca del asunto.

Nada de esto se enlaza con el fin de mi humildísimo *Tratado* que, en síntesis, constituye un conjunto de observaciones inspiradas en mi particular criterio, mas de aplicación para quienes fian el porvenir á las rudas tareas de la Prensa diaria, semillero de disgustos, plantel de amarguras y simbolo de desengaños, aunque generalmente considerada como expresión de la felicidad y *summum* de las ambiciones apetecidas y conquistadas.

¡La Prensa! Su labor equivale al problema resuelto del movimiento continuo; y los que de ella viven y por ella se sacrifican, son esclavos de un deber que se impone con terrible fuerza y rasgos tan singulares que transforman al periodista en un sér distinto de los demás.

Los demás pueden permitirse el lujo (sin duda envidiable), de mostrar

indiferencia en muchas circunstancias; de no conceder atención á multitud de sucesos; pero al periodista está vedado perder las ocasiones de investigar lo que á los intereses locales, provinciales ó generales atañe; lo que afecta al ciudadano, porque lesiona su honra, sus bienes ó su derecho; lo que se relaciona con la marcha y funcionamiento de las corporaciones oficiales y con las que, careciendo de este carácter, tienen el de públicas; lo que se habla en el Círculo, en el café y en la calle; la fábula para desmentirla; la versión verídica para completarla y el crimen para reseñarlo.

En tarea tan enojosa no caben desmayos, vacilaciones ni aplazamientos, relacionados con la información. Es indispensable estar al día, al minuto y hasta precisa adivinar en determinados casos, so pena de permanecer en la esfera de lo vulgar, cuando la obligación exige elevarse á las regiones que no alcanza la mayoría de las gentes.

El cansancio es incompatible con la existencia del periodista. El público pide noticias, novedades, impresiones, así como la muchedumbre pide caba-

llos en la corrida de toros, y no hay manera de rehusarle lo que tiene derecho á exigir, aunque en parte, por culpa de los periodistas que, ahondando en el reporterismo, han puesto al alcance de aquel lo pueril y lo trascendental, lo secreto, lo íntimo, lo privado, lo que antes no aparecía en letras de molde.

Ahora..... ¡Oh! Ahora todo ha variado, y el periódico diario, necesidad indiscutible, es la fotografía del mundo entero, renovada de veinticuatro en veinticuatro horas.

Esa hoja frágil, que vocean en la calle, que va al palacio del magnate, al centro burocrático, al Casino y al domicilio del más modesto ciudadano, parece, ante la consideración de las personas que no discurren, una cosa frívola y, sin embargo, representa suma cuantiosa de trabajo, constancia y paciencia, para que afecte la forma con que se atavía y para que sea útil, patriótica, interesante, recreativa, y pese en la opinión, señale errores, trace derroteros á la política y á las colectividades, tenga un objetivo y se erija en salvaguardia de los públicos derechos, ensalce lo justo, proteste

contra lo irregular, anime, conforte y refleje, por último, aspiraciones honradas.

En el periódico encuentra el hombre de partido la nota que estremece sus fibras, ora porque halaga su criterio, ora porque lo combate; el lector entusiasta del noticierismo se solaza con la información; el artista con la versión que desconocía; el curioso investigador de efemérides con este manjar indefinido; el émulo de Motiño y Brillat Savarin con las recetas de cocina; el fervoroso del suceso *sensacional* con la *bomba*, aderezada á maravilla; y desde la señora extraña á las pompas mundanas, que busca en la *Sección religiosa* el santoral y el Jubileo, al charadista y al que suda por descifrar un problema, hasta la jóven en plena *luna de miel*, que solicita en los anuncios el *ama de casa para casa de los padres*, todo lo tiene la sociedad á su alcance.

En cambio, lo inmoral, lo insulso, lo que cede en desprestigio de la Religión, de la familia, de las autoridades y de cuanto reclama respeto, debe ser excluido de tan animada *mesa vuelta*.

Acepta el lector por buena esta obra, que reclama personal idóneo; y como tanto se ha ideado para llegar á ofrecer tales signos del llamado *modernismo*, encontramos un escollo, representado por la competencia, derivada de la profesión, en el afanoso empeño de anticipar una noticia ó de dar otra completamente nueva, en relación á los demás periódicos; y aquí vemos, aparte del antagonismo latente de los periodistas, el pugilato constante, que no perdona ocasión de revelarse con intensa energía.

Todo ello está suavizado gracias á la bienhechora influencia de la educación; pero no se amortigua, ni mucho menos, lo cual, verdaderamente, honra á la clase, pues los escarceos, las cavilaciones y los esfuerzos encaminados á obtener la supremacía en el ejercicio de la profesión, suponen cariño á esta y orgullo de practicarla.

Orgullo he dicho, y dije bien; por que si hay sugetos para quienes el periodista es poco más que cualquiera cosa, en cambio, las personas reflexivas tributan completa justicia á sus cualidades y á su trabajo.

La ocasión es propicia para hacer

historia, siquiera con unos pocos ejemplos, de lo que la sociedad tiene que agradecer á la Prensa; pero como la índole de estos apuntes me impide entrar en ciertas disquisiciones, basta á mi propósito formular la afirmación.

* * *

El periodismo es la escuela de donde salen, en gran número, los hombres llamados á regir los destinos de las naciones; y, en otro orden de ideas, equivale á un sacerdocio.

La Prensa (encerrada en su misión) moraliza, educa, eleva el nivel de los pueblos, es un valladar contra las ambiciones desordenadas, un espejo que retrata la inmoralidad pública, un ejemplo de civismo y un regulador de los movimientos sociales.

La antítesis de esto es dolorosa. El periódico que halaga ciegos apetitos, concupiscencias, agios políticos y pasiones personales, ese daña cual veneno derramado y merece durísimo anatema.

Lllaman á la Prensa *cuarto poder del Estado*; pero yo sustituiría la frase por esta otra: *La Prensa es el primer poder del Estado*.

Y no me induce á expresarme así la vanagloria profesional, sino el catálogo interminable de las grandezas del periodismo.

La Prensa hace lo que ningún otro poder; crea, destruye y consolida. Crea reputaciones y nombres; destruye el error, y consolida, por la fuerza de la verdad, lo que merece apoyarse en firmes cimientos.

Sin embargo, merced á uno de tantos contrasentidos y á una de tantas injusticias, la mayoría de los que con la pluma convertida en vara mágica forman reputaciones y elevan hasta el pináculo de la grandeza á los que subsistían en la oscuridad de la nada, viven una existencia modesta; sirven de vehiculo y no logran utilizar para el propio medro los elementos que tienen á su alcance.

La Prensa ilustra, entre otras razones, porque de igual modo lleva á sus columnas la necesidad y la impresión de lo pequeño y de lo grande. En tal concepto, es superior á los Gobiernos, pues colocados estos en conspícuas alturas, no perciben ni oyen ciertas cosas que, sin la mediación del periódico, pasarían desapercibidas.

Julio Simón ha dicho: «La Prensa tiene muchos enemigos; nunca ha tenido tantos como ahora. Necesita defenderse y necesita, por tanto, ser honrada».

Cierto que sí; porque la Prensa inmoral vicia al adolescente, perturba á la jóven y lleva á la familia el germen de la desunión.

Resúmen. El periodismo es la lucha y el hombre que le consagra sus esfuerzos debe poseer las condiciones indispensables para ese combate diario en el que se esgrimen las armas de la inteligencia, de la cultura y de la habilidad.



III

El periódico político y el independiente.

Las dos esenciales divisiones del periódico diario están representadas por el de carácter político y el independiente; y basta su clasificación para comprender que entre uno y otro hay diferencias considerables de procedimiento y hasta de estructura.

La Prensa política puede, á primera vista, aparecer como girando en limitada esfera, por lo mismo que se subordina á ideales, doctrinas y principios previamente señalados, y los defiende sin cesar; pero frente á la exageración que muchas veces acusa el sistema destácase, cuando una inteligencia poderosa y un espíritu noble dirigen la publicación, la luz de la verdad, porque la política, si conducida á través de los derroteros del

egoismo es funesta, cumple fines elevados, siempre que se inspira en el concepto científico, único que le dá realce y prestigio.

En la Prensa política se advierte que cada individuo ageno á la misma y en uso de su libertad de discurrir, proclama tal cosa como excelente y repudia tal otra como deplorable; pero lo que importa ver en el periodismo es la seriedad, la consecuencia, la fe con que sostiene cuanto dice sentir, pues dentro de la disciplina política, cabe la franqueza de apreciación para lo que no constituye los dogmas de un partido.

Hay una excepción, representada por los periódicos que subordinan sus impresiones y sus juicios á las órdenes de un jefe ó de una personalidad que tiene la publicación para sus fines particulares.

Aquí, á primera vista, parece que puede la crítica hincar el diente, bien que sin razón; porque, á despecho de los entusiasmos, se muestra en ocasiones el realismo con sus desnudeces; y entonces el periodista desciende un tanto de su Olimpo y utiliza su inteligencia, y la ofrece á cambio de una recompensa.

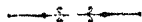
Analizad un poco el hecho y notareis que nada tiene de censurable.

Las cualidades se manifiestan en todas las situaciones; y en la que appunto aparecen aquellas sin sombra de menoscabo.

* * *

En frente de la Prensa política surge la independiente que, desligada de todo compromiso, encuéntrase en libertad para dirigir la opinión extraviada, para elogiar á quien merece elogios y para fustigar á quien censuras há menester.

Esta Prensa tiene apoyo en todas las clases sociales; es solicitada y en ella encuentra el periodista campo vastísimo de acción para ejercer su labor de todos los días y todos los instantes, aunque sin la esperanza de remuneración adecuada al desgaste intelectual y físico que lleva consigo, y á las amarguras que son fruto de la batalla tenaz librada en defensa del progreso.



III

El periódico moderno.

SE ha dado vulgarmente en llamar *periódico moderno* al que recoge noticias con verdadera profusión y todo lo trata en proporciones atómicas, de modo que, en suma, brinda con sobrada frecuencia lo frívolo más que lo útil.

Pero el exacto concepto del calificativo encuéntrase en el procedimiento de imparcialidad que le obliga á erigirse en palenque donde pueden, quienes lo estimen oportuno y dentro de las condiciones establecidas por la corrección, discutir las más opuestas doctrinas.

El *modernismo*, aplicado á la Prensa, en nada se parece á las manifestaciones absurdas, con ribetes rafaelescos, que se exhiben en el dibujo y la

pintura, desfigurando la verdad y prostituyendo la belleza.

En el periodismo ha roto las fórmulas de los antiguos moldes; prescinde del párrafo inútil, de la pesadez insostenible que afectaban los diarios de mediados del siglo XIX; busca la concisión en la frase y aspira á sintetizar el pensamiento, de suerte que lo perciba el lector y se comenetre del asunto, excluyendo, para conseguir este resultado, aventurarse en intrincadas consideraciones que, al cabo, aburrían y torturaban el espíritu más sereno.

Al desaparecer los que he calificado de antiguos moldes de la Prensa, no puedo aceptar la idea de que el progreso se revele en contradicción con su noble significado; antes bien, la rutina hecha añicos necesita ser sustituida por una de tantas fases de ese mismo progreso que, aplicada al periodismo diario, encuentra magníficos espacios para su desarrollo.

D' Ácolles califica de Tribuna la Prensa libre.

Julio Simón la considera como un *concilio inmenso en donde se forma la verdad por el concurso de todos y en*

donde siempre hay sitio para discutir presentes abusos y preparar nuevos ideales.

En opinión de Laboulaye, la Prensa libre es el *Forum* de los pueblos modernos; y, en fin, Maifer la denomina *poder soberano, porque representa y forma á la vez la opinión pública que, bajo el imperio de los nuevos principios, es esencialmente soberana.*

El periódico moderno tiene, en mi sentir, un defecto, representado por su ingerencia en la vida particular; defecto que lo lleva á mostrar, en ocasiones con ligereza, las escenas del hogar doméstico, acreedoras al respeto y el sigilo, y que no hay razón para hacer blanco de la publicidad, contra el terminante deseo de los interesados.

La imparcialidad exige, sin embargo, declarar que este *punto negro* no oscurece las excelencias ni los prestigios de la Prensa. Es una flaqueza, simplemente; pero si fuese posible colocar en los platillos de una balanza los méritos del periodismo, en contraposición con sus imperfecciones, estas dejarían de marcar una huella, siquiera insignificante.

IV

El periodista.

EL periodista (conviene insistir en el asunto) es un hombre como los demás, cierto que sí; pero yo lo preferiría adornado de cualidades superiores y con excepcional cultura.

Tenemos en España insignes periodistas que honran la Prensa de Madrid y la de provincias y, en cambio, otros ocupan lugar menos preeminente.

Se dirá á esto (parecido á una frase del fantástico *Gedeon*), que todos no pueden destacarse con la aureola de figuras de primera fila; y se dirá, también, que las gerarquías existirán siempre.

Tampoco lo dudo, ni me sublevo contra la observación; y, sin embargo, nadie ignora que no todos los hombres que ocupan puestos en el periodismo poseen bastante ilustración.

El mal consiste, la mayor parte de las veces, en que un individuo *se siente* periodista; y si tiene algunas pesetas funda una revista semanal, excepto cuando carece de dinero y logra el ingreso en la Redacción de un diario.

Lógicamente supongo, en este segundo caso, que su aprendizaje comienza por el reporterismo, ó sea por la parte casi mecánica, de llevar noticias para que, en vista de los apuntes suministrados, las haga el redactor, dándoles forma y estilo.

El reporter, luego que adquiere práctica, elabora por sí mismo las noticias y, avanzando en su carrera, se lanza al suelto de teatros, al de arte y al artículo de fondo.

¿Cuál es la base de todo esto? Ninguna; porque á ese hombre le faltan estudios; y aunque disponga de facilidad para escribir, no ha de valerle este requisito en la natural ambición de aparecer como literato y de adquirir *personalidad*; esa personalidad que equivale al *exequatur* del mérito reconocido.

En mi opinión el periodismo, como todas las expresiones de la inteligencia, necesita el cultivo de esta, por

que de lo contrario el periodista que no ha nacido genio se estanca en la mitad del camino y serán inútiles sus escarceos para romper el círculo de hierro de la abrumadora medianía.

El periodista debe enorgullecerse como particular, de un buen nombre, garantía de sus actos en la vida pública; y es indispensable que maneje la llamada *mundología*, tanto para las manifestaciones sociales de trascendencia, cuanto para las frívolas de otros actos; y en orden á estudios, conviene que reúna conocimientos de Filosofía, ciencias morales y políticas. Letras, idiomas y artes.

* *

El periodista debe sigilar lo que sabe, respecto de la información. Esta pertenece al periódico, y reclama todo respeto. Anticiparla, equivale á divulgar un secreto; más adviértese con frecuencia en el asunto, que la espontaneidad olvida aquella obligación y divulga, acaso por un alarde vanidoso, lo que algunas horas después hubiera sorprendido á quien leyese el diario donde aparece lo anticipado verbalmente.

El *secreto profesional* tiene mucha importancia para el periódico, y estimo que solo puede prescindirse de su observancia en circunstancias especiales; por ejemplo, cuando los amigos ó el público en general acuden á la Redacción en demanda de los pormenores de una catástrofe, de una crisis ministerial, de algo, en fin, que traspassa los límites y las proporciones de lo cotidiano.

Entonces, la buena fe debe mostrarse para acallar inquietudes y resolver situaciones equívocas, dando el periodista cuantas explicaciones tenga á su alcance.

* *

La misión del *reporter* es difícil si ha de cumplirse á satisfacción, y ofrece, entre otros escollos, el de las indiscreciones en que puede incurrir y solo evita una sólida educación.

El reporter necesita en muchos casos energía extraordinaria que ponga á salvo la susceptibilidad contra los golpes que la maltratan.

Cuando la práctica de la profesión lo empuja á profundizar más de lo que quisiera el sujeto que sirve de objeti-

vo, ocurre que este, por natural revancha, hace blanco de sus iras al reporter, el cual sufre la contrariedad del momento para saborear después el triunfo de la obligación cumplida con éxito brillante.



▼

El Director.

EN el curso de estas páginas va detallada la misión que atañe á los redactores. Veamos la que corresponde al Director.

Aparte de la respetabilidad y representación personal, indispensables para quien desempeña el cargo de Director, necesita éste otras condiciones, como son criterio fijo, claro golpe de vista, decisión en las resoluciones, energía para sostener lo escrito, prudencia, cortesía y temperamentos que alejen, en circunstancias críticas, toda idea de represalias.

La dirección de un periódico es difícil, pues aun contando con redactores capaces y de la mayor confianza, al Director van á parar, para que los resuelva, los accidentes, las cuestio-

nes y los conflictos que afectan á la marcha de la publicación.

Cierto que (pensando racionalmente) cada redactor está llamado á responder de lo que escribe, pero tal procedimiento no impide, á veces, que el Director acepte responsabilidades de gravísimas consecuencias.

La medida y la tarea paciente de examinar el trabajo complejo que tienen asignado algunos redactores, es el medio más seguro de evitar muchos rozamientos y contrariedades.

No cabe señalar una línea fija de conducta en lo tocante al desempeño de la obligación encomendada al jefe del periódico, pues depende así de los redactores que le auxilian, como de las dotes personales; y esta es la razón de que haya quien se limita á la *alla dirección*, inspirando la obra de cada uno de sus redactores, y quien por afición ó porque juzga de mejor éxito su procedimiento, se abstiene de confiar á los otros lo que en concepto de editoriales puede escribir, de igual manera que en gacetillas y sueltos de índole delicada, que exigen la factura y el fondo que el Director imprime á sus trabajos.

De todas suertes, la vigilancia de esta autoridad suprema del periódico es indispensable siempre, para que el diario conserve su unidad; para prevenir la sorpresa de una noticia ó de un comentario deslizados sin previa consulta y con el cual el autor, consciente ó inconscientemente, puede ocasionar serias perturbaciones.

El Director debe intervenir en la confección del periódico, fuera de su oficina de la Redacción, porque cuando el asunto lo requiere y sin perjuicio de encomendar á un redactor la reseña de una sesión ó de una reunión, importa que asista, con objeto de adquirir impresiones particulares y penetrarse por sí mismo, del punto tratado, toda vez que el redactor prescinde, generalmente, de los comentarios y la apreciación.

Con el sistema apuntado, el Director dá *tono* al periódico, expresando su opinión imparcial, informada en el estudio reposado y sereno.

Admitida esta línea de conducta, aparece el periódico investido con el noble título de intérprete de la opinión sana y seria.

El medio de alcanzar triunfo de tal

valía. consiste inspirarse en esa misma opinión, percibir sus latidos, por decirlo así, y llevarlos á las columnas del diario.

Pero sucede que, en muchos casos, la opinión se extravía, y entonces á la Prensa corresponde encauzarla con los argumentos de la razón y la verdad.



VI

La confección.

No es cosa baladí la confección del periódico diario.

Este debe tener su *estética* ciertamente necesaria; pues aun las personas menos prácticas en achaques de la Prensa, perciben impresión grata ó desagradable, según la estructura. esto es, la confección observada; en otros términos; el buen gusto permite conocer tanto la mencionada estética, si el periódico la posee, como advertir su ausencia.

En esto de la confección entran por mucho la manera particular, el punto de vista y la afición de quien la tiene á su cargo; porque como en rigor no hay medio de dar reglas que señalen un rumbo, resulta siempre la libertad imperante sin que, salvo casos espe-

ciales, existan motivos para censurar el sistema adoptado.

Por mi parte (y esta es una de tantas opiniones) prefiero la confección relativamente anticuada, que consiste en secciones ordenadas; y réchazo el capricho de arrojar á granel las noticias, mezclando y revolviendo asuntos distintos.

El primer procedimiento permite al suscriptor encontrar sin fatigarse, su sección predilecta, pues nadie ignora que si hay quienes leen todo el periódico, hay también quienes se limitan á una sola parte.

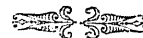
De aquí se deriva la precisión de atender á la variedad, medio seguro de complacer á todos los lectores.

La confección no es un trabajo cualquiera; antes bien, exige condiciones de tacto en el Director ó en el redactor encargado; y ese tacto se revela en lo que llama *jugueteado* el argot de la Imprenta, esto es, en combinar de modo hábil la noticia extensa con la de pocas líneas, y en impedir la monotonía de colocar á continuación las de igual naturaleza como, por ejemplo, dos defunciones, dos natalicios, etc.

La prueba evidente de que tiene

importancia este punto concreto, basta fijarse en la diferente impresión causada por una plana de periódico nutrida de tres ó cuatro artículos que la ocupan en totalidad y, merced á las columnas negras le dan el aspecto de un muro sombrío, y la que se experimenta cuando el *jugueteado* aludido llena el lugar de aquella obra, rígida y pesada.

La una plana, dispuesta según el primer modelo, repele; y, en cambio, la otra, en armonía con el segundo, invita á conocer lo que separado por *corondeles* y dividido con *quiones*, *espacios*, *estrellas* ó líneas, ofrece porción de noticias.



VII

Secciones.

LA variedad de asuntos que trata el periódico diario exige el empleo de una literatura dotada de estilo flexible y dúctil, que desprovista de amaneramientos, se adopte á los diferentes extremos llevados á esas hojas.

Esta necesidad no excluye la forma correcta siempre; pero de tal estructura que sin afectación que eleve demasiado, y sin vulgaridad que haga descender con exceso, aparezca sencilla, clara, espontánea y en armonía con la percepción intelectual de los lectores.

El periódico debe ser igualmente ameno para todos los estados, edades y condiciones; y en cuanto á la característica de su literatura, ha de distinguirse por la sinceridad, la ausencia

de artificio, la enseñanza provechosa, el ejemplo útil y el consejo saludable.

Dentro de estas condiciones es indispensable establecer diferencias, según las secciones del periódico. En otros términos; el lenguaje del artículo editorial no tiene semejanza con el utilizado en la reseña de un suceso, ni con la gacetilla festiva, ni con el sóbrio extracto de las sesiones de una corporación oficial.

Fácilmente se deduce de las indicaciones apuntadas, que el redactor está obligado á poseer dotes de talento, suficientes para semejantes adaptaciones; porque de lo contrario, no habría claro-oscuro y, en su lugar, advertiríamos lamentables incongruencias.

* * *

Ahora bien, ¿cómo hemos de redactar los distintos componentes del diario?

El buen sentido lo preceptúa y á él importa atenerse.

Las divergencias están marcadas por las secciones y, tanto, que así como el artículo editorial, de fondo,

doctrinal ó como quiera decirse, solicita estilo severo, sin vanidad y sin hinchazón, la gacetilla lo exige ligero, mas nunca chavacano; la revista de teatros reclama tonos amenos, y la de salones notas de carácter poético si es que lo frívolo y alambicado de describir el baile ó la recepción con el séquito de flores, blondas y perfumes, pueden enlazarse á la idea de la poesía.

La redacción de los telegramas requiere el conocimiento constante de los hechos, ya nacionales, ya extranjeros, que ocupan la pública atención, porque transmitidos los despachos en pocas palabras, no comprendería el lector su exacto sentido, ni les concedería el interés que en rigor tienen, si limitásemos al texto la noticia, sin desarrollo y sin aclaraciones.

Compréndese que esta labor delicada solo puede confiarse á un redactor que ostente los conocimientos aludidos y, en consecuencia, que esté al día respecto del movimiento de la política, de la literatura y de cuanto principalmente se refiere á la vida social, de modo que una frase escueta y desprovista de sentido para la mayo-

ría de las personas, le dé la clave de cosas dignas de la publicidad.

* * *

La aceptación de los comunicados suele parecer asunto insignificante gracias á este argumento: «Fulano firma tal escrito, y responde de lo que dice».

Sin embargo, hay en el ejercicio de la profesión un deber de conciencia, acreedor al respeto, aunque no conste en ley ó prescripción alguna; y de seguro el Director de periódico que lo practique, se felicitará de tan generosa actitud.

Por consecuencia de ese deber, el Director procederá de manera nobilísima procurando con sus razones y sus consejos que el comunicante no infiera á la persona á la cual van encaminadas sus observaciones, ofensa ó lesión que sirva para provocar serios resultados.

Claro es que solo con súplicas no se obtiene esto, porque quien va al terreno de la publicidad exigiendo reparaciones, aclaraciones ó bien con el propósito de ofender á determinado individuo, tiene derecho á explicarse

como mejor le cuadre; pero si el Director es hombre de hidalgos sentimientos hará perfectamente cuando su condescendencia pueda ocasionar fatales daños, en negarse á insertar lo que se le pide, á menos que el comunicado, aun siendo explícito y enérgico, deje de ofrecer el peligro señalado.

La sección de ^{* *}*última hora* merece el título de *llave del periódico*, toda vez que el redactor encargado de la misma, al aparecer entonces revestido de las atribuciones y facultades del Director, contrae su responsabilidad y puede causar al periódico perjuicios lamentables, solo con la más leve falta de diligencia ó con la ligereza en aceptar y dar á la estampa por cuenta propia lo que escapa al exámen del jefe de la publicación.

La *última hora* es indispensable en la Prensa moderna, y van á ella las revistas de teatros, los sucesos de la madrugada, los telegramas y las reseñas de recepciones y bailes.

De otras secciones del periódico no trato, porque ninguna mención particular exigen.

VIII

El recorte.

UNOS periodistas abominan del *recorte* ó la *tijera*, y otros abusan de esta en términos harto lastimosos.

El recorte es indispensable, por la sencilla razón de que un periódico no puede contener lo que, con la cualidad de interesante, aparece en varios; y como en la publicación diaria importa dedicar atención constante á la variedad, á lo atractivo y á lo nuevo, resulta que para llenar vacíos en este extremo, hace falta recurrir á la tijera.

La dificultad consiste en saber elegir; y esta habilidad tiene algo de un don, de una gracia, más que de la práctica de un ejercicio cotidiano.

Hay gran número de localidades donde solo se recibe un periódico, y

en tal caso, compréndese la necesidad de ofrecer á aquellos lectores lo peculiar del diario de referencia y lo que en él no figura.

Es imposible señalar una regla para el recorte; pero en general, conviene tener en cuenta las condiciones y las aficiones del público al cual se entregan, así como la naturaleza del periódico y el interés que despierte.

El redactor encargado del recorte cuenta con un extenso campo para responder á esos fines y, al mismo tiempo, para hacer gala de su buen sentido; pues ante todo, lo auxilia la diversidad de las publicaciones que componen el cambio.

En presencia de aquellas nos confunde la *duda de la elección*, porque la especie de gama desarrollada á la vista, con el sello de una curiosidad, de un invento, de un suceso extraordinario, de un ejemplo, de una enseñanza propicia para ser difundida, hace vacilar y conduce á la reflexión, antes de decidirnos á dar la preferencia á tal ó cual asunto.

A pesar de todo, el recorte, como las demás secciones, necesita un paciente aprendizaje; y lo califico de *pu-*

ciente, porque al Director incumbe interrogar al redactor en los comienzos de su enseñanza, á fin de que explique lógicamente la preferencia que asigna á los sueltos recortados; y la tarea resulta penosa, pues son muchos y de muy varia especie los que caen bajo la cuchilla de la tijera.



IX

Las frases célebres.

Todo se modifica, merced al transcurso del tiempo, ya en la Prensa, en el libro, en el trato social y, por fin, en las diferentes expresiones de la vida.

Antaño fué moda la cita pródica de frases célebres, enlazadas ingeniosamente al artículo y con preferencia á su final, como adecuada forma de redondearlo.

Para la aplicación de este procedimiento brindaban rico arsenal, principalmente, los antiguos griegos y latinos, al igual que la *Biblia* y los grandes poetas extranjeros, aparte de los de aquellos dos pueblos; y parecía de rigor mentarlos, como si por hacerlo evidenciase el periodista suma copia de conocimientos.

Nutridas están las publicaciones diarias de las frases en cuestión, de las cuales recuerdo las siguientes:

Vox clamantis in deserto.

¡Tú, quoque!

¡Aun hay Patria, Veremundo!

Nulla est redemptio.

¡Væ victis!

Álea jacta est.

Hic Troya fuit.

Nosce te ipsum.

Pasar el Rubicón.

Veni, vidi, vici.

Non ragionar di lor.....

Lasciate ogni speranza.

Todo Madrid lo sabía.

Esto, Inés, ello se alaba.

Peor es meneallo.

Los dioses se van.

Quemar las naves.

Post nubila Phebus.

¿Quosque tandem abutere?.....

¡Ave, César!

Delenda est Carthago.

Finis Gallæ.

Ægri somnia.

Los muertos que vos matais....

Valentis somnium.

El abuso trajo consigo la represión, y hoy son pocos los casos en que apa-

rece el catálogo de tales pensamientos, profundos y sentenciosos los unos, epigramáticos y humorísticos los otros que, por la repetición exagerada, perdieron la novedad y hasta mucho de su valía.

Claro es que lo apuntado aquí acerca del particular no implica la imposición de una pauta en la preceptiva periodística; solo tiene el alcance de una indicación inspirada en el buen gusto; pero á fuer de imparcial, consignaré que el uso de las frases célebres no reclama, en absoluto, un *veto*. Si se prescinde de ellas, tanto mejor; y en el caso contrario, pase.

De todas suertes, conviene que el periodista se ejercite en la gimnasia intelectual; que procure de continuo mejorar el fondo y la forma de sus escritos; que escuse lo frívolo á la vez que lo pedantesco, y seguramente revestirán sus creaciones literarias el atavío de frases propias, exactamente ajustadas á las situaciones, y reveladoras de la personalidad *del redactor*.

X

El bombo.

NADIE ignora la significación de la palabra *bombo*, aplicada al Periodismo; y, por lo tanto, le dedicaré pocas líneas.

Es el aplauso (las más veces injusto) que suele llegar á la exageración con ditirambos ridículos y que, en justo castigo á la intemperancia que le dá origen, lleva consigo el descrédito, en lugar de obtener beneficios para la persona favorecida.

El *bombo* puede dividirse en espontáneo y egoísta.

El primero es el que la Redacción dedica por impulso propio, nacido del afecto, de la admiración ó, simplemente, de una creencia ya equivocada, ya exacta, pero de idéntica finalidad; y el segundo es el solicitado por el indi-

viduo llamado á utilizar el fruto de las alabanzas.

El *bombo* espontáneo suele hacer que caigan en el ridículo el que lo brinda y el que lo recibe; y como sucede cosa análoga respecto del que afecta carácter egoísta, queda siempre evidenciada la inconveniencia de su empleo.

El periodista debe ser sobrio en los elogios, á fin de evitar maliciosas interpretaciones y, de igual modo conviene que aleje toda ocasión de que recaiga la burla en quien demanda un favor, pues la hidalguía es condición indispensable en la Prensa.

Prescindiendo de estas breves observaciones, conviene advertir que en la mayoría de los casos el *bombo* resulta baldío, porque el público tiene sobrado conocimiento de la vida, para adivinar que se trata de *reclamos*, y sabe que donde el artificio impera no logra cabida la verdad.

El periódico vale más, cuanta mayor austeridad reviste; y en otro orden de consideraciones, hay una razón justificativa del odio al *bombo*; la injusticia de pretender crear falsas reputaciones á nulidades ó medianías.

XI

La interview.

A riesgo de aparecer atrevido y en oposición con la mayoría de mis compañeros de la Prensa, he de decir de golpe y porrazo, que la *interview* es una majadería sancionada por la costumbre, y de éxito dudoso, bajo la apariencia de algo indiscutible y fehaciente.

Solo tiene el alcance de una mistificación, y me causa el mismo desagradable efecto que esas hojas cursivas en las que el prójimo invitado coloca en frente de cada pregunta la respuesta. Resulta de esta cándida investigación, que todo el mundo profesa nobles ideas y aspiraciones hermosas, porque no existe criatura humana bastante ingénuo para descubrir sus ideas y aspiraciones, si unas y otras son reprobadas.

La *interview* sirve mejor para halagar las ambiciones del interrogado que para favorecer los intereses del periódico, y raras veces revela el exacto sentir que se pretende conocer.

La *interview* (aceptado su funcionamiento en la Prensa), equivale en algunas ocasiones á la conquista de lo imposible, porque el suscriptor suele reclamarla, y es cosa corriente profesar la creencia de que el abonado que paga seis ú ocho reales mensuales, á cambio del periódico, tiene derecho á saber lo que piensa el personaje de actualidad, pues esto de las actualidades alcanza á los hombres que exhiben cartel de personajes.

El solicitado para satisfacer una *interview* estudia (y lo encuentro muy racional), las manifestaciones que debe hacer, puesto que están destinadas á la publicidad; busca el efecto y, procediendo con intención reflexiva, se compone de modo que en un momento dado le sea fácil desvirtuar ó desmentir, en parte ó en todo, lo que ha dicho, y quedar por obra de semejante proceder, libre de responsabilidades, con detrimento del periodista que á la postre, queda mal parado.

Esta expresión del *modernismo* ha perdido mucho de su importancia desde que el buen sentido profundizó acerca de su alcance. Brilló un momento con el ropaje de la novedad y acaso como uno de tantos alardes habilidosos del reporter, pero se me antoja que no transcurrirá mucho tiempo sin que sea excluido de las prácticas de la información y pase á enriquecer el catálogo de las farsas sociales.

Escritas estas líneas, leí en una revista francesa la biografía del ilustre conde León Tolstoi y entonces llegué á saber que detesta la *interview*.

Esta noticia me tranquilizó, porque el parecer de tan insigne literato, en el particular, es digno de respeto.



XIII

Los apelativos.

LA Prensa española es complaciente sobre toda ponderación y sin la más leve idea de lucro; y si de tal modo aparece en general, revela esa condición en grado máximo, al aplicar los apelativos.

En la relación de bodas, defunciones, natalicios, llegada y salida de viajeros, movimiento del personal de oficinas, recompensas otorgadas, ascensos obtenidos, enfermedades que conturban, fiestas onomásticas que regocijan, invitados que asisten á bailes, giras, recepciones y conciertos, y, por último, en los diferentes casos en que es preciso señalar individualidades, naturalmente con sus nombres y apellidos, vemos el *bombo* prodigado hasta la exageración, al punto de ofrecer

un resultado opuesto al que se pretende.

Todos son *amigos* del periodista; y ese título es el más generalmente empleado; pero, esto aparte, adviértese que sin excepción, las señoritas son graciosas, gentiles, hermosas, bellas, encantadoras y bellísimas, y las señoras elegantes, distinguidas, amables y respetables; es decir, que á juzgar por los sueltos encomiásticos, el periódico que los publica se trata solo con diosas del Olimpo.

Respecto de los caballeros, pueden ustedes elegir entre estimado (*amigo*, por supuesto), apreciable, querido, bravo, bizarro, elocuente, digno, honrado, celoso, respetable, ilustre, eximio, virtuoso, venerable, sabio, inspirado, genial, laureado, opulento, consecuente y *ainda mais*; lo cual, en fabla vulgar, significa que todos valen, que no hay medianías ni hombres vulgares, y que el *montón anónimo* se ha transformado en montón de tipos salientes, cosa que considero equitativa, pues en frente de las flores ofrecidas á las damas, se impone el *pendant*, representado en los calificativos asignados al sexo fuerte.

Un solo periódico recuerdo, EL DEFENSOR DE GRANADA, del que tuve la honra de ser redactor Jefe durante cuatro años, que apesar de hacer justicia á cuanto merece consideración, y de su correcta y constante cortesía, prescinde en absoluto de usar la palabra *amigo*.

La circunstancia de igualar á todas las personas con la monotonía abrumadora de los calificativos, quita al periódico el prudencial contraste. En buena hora el respeto aparezca con sus peculiares rasgos, de modo que logre excluir distingos molestos siempre; pero á la vez establézcase una gradación lógica, en la manera de aplicar los adjetivos, para que el lector forme exacta idea del fundamento á que obedecen y, al propio tiempo, para que conceda crédito á las palabras que el periódico apunta.

Por mi parte, entiendo que se abusa de los signos afectuosos; y entiendo, también, que sin cometer desatención ni amenguar el derecho á legítimos dictados, puede omitirse tanto párrafo, que en ocasiones, se presta al humorismo, y, en todos los casos, á la censura.

XIII

El escándalo.

DOLOROSO es dedicar una línea, una frase al escándalo, que de tarde en tarde suele manifestarse en la Prensa; pero siquiera para reprobarlo con el más duro anatema, importa su mención.

Conste, y este dato compensa la penosa impresión producida por la accidental presencia de periódicos ajenos á las buenas prácticas, que constituyen en nuestra patria excepciones; de modo que el orgullo hácia la profesión de las Letras, en su aplicación al periodismo, no puede sufrir eclipse porque el escándalo asome de vez en cuando su faz repugnante.

¿De qué arranca el escándalo? ¿Cuál es su Génesis?

Fuera difícil detallar su incubación

y desarrollo; mas fúndase, generalmente, ora en el despecho por ultrajes sufridos ó mercedes no alcanzadas, ora en el deseo de venganza y, por último, en el mezquino propósito de obtener un fin ambicionado, poniendo en acción para triunfar, el torpe escrito que difama.

Adviértese, pues, que en cualquiera de estas circunstancias, elegidas como ejemplos y en las demás que no menciono, representa el escándalo un procedimiento reprobado, enemigo de las cualidades que deben enaltecer al periodista.

La conciencia honrada exige á este obrero de la cultura elevación de miras y rectitud en los rumbos que adopte para el ejercicio de su profesión, propensa como ninguna otra á ocasionar daños irreparables, si un móvil bastardo impulsa al redactor.

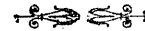
Existe entre algunas personas la falsa creencia de que el escándalo tiene el alcance de un arma poderosa que se impone con fuerza irresistible; pero, en mi entender, solo inspira el desprecio.

Acaso hay quienes lo consideran un medio de medrar en la carrera em-

prendida, y de obtener, por lo tanto, el aura popular que deslumbra y sugestiona; mas aunque suceda así, la la adopción de ese recurso supone craso error ó maldad repulsiva.

Preferible es la revelación del espíritu sereno, del dominio de sí mismo, de la imparcialidad constante y de la abnegación, siempre que la exijan las circunstancias.

Respecto de la valía asignada al escándalo, no la tiene; antes al contrario, aquella (la valía) palpita y vive en la sencillez, en la veracidad y en la rectitud, condiciones que por su propia virtualidad rodean al periodista de respeto y consideración y le conquistan sinceras amistades.



XIV

La polémica.

TIENE la polémica, en sus expresiones y en su desenvolvimiento variados términos, que reclaman alguna observación.

Si se desliza razonada, seria y apacible, permite al periodista lucir sus galas en este difícil género, que reclaman especiales condiciones.

La polémica se eleva cuando el escritor utiliza argumentos irrefutables, habilidad y buena fe; cuando su táctica lleva al adversario al punto donde puede desbaratar sus réplicas, y cuando reserva para un golpe final los elementos de ataque y defensa que posee; más si esto se pretende, es requisito esencial no admitir la lucha sin ocupar buen terreno, porque el artificio

de lo convencional vacila y al cabo se derrumba,

Un escollo ofrece la polémica y es el personalismo; escollo al cual conducen con lamentable frecuencia el amor propio herido y el despecho despertado por el golpe de la derrota.

El *personalismo* reclama severísima reprobación, porque descubre la obra nefanda de la ira y equivale á la carencia de objeciones, de la propia suerte que acusa pésimo gusto y menguada idea de los respetos y consideraciones que merece el contrincante.

Si el debate llega á este enojoso terreno; si la falta de argumentos es sustituida por la agresión y el insulto al adversario, entonces la polémica decae; y quien de ese modo la bastardea, incurre en el desagrado de la opinión.

En toda lucha hay un vencedor y un vencido; y cuando aquella es noble, no implica desdoro perder la palma de la victoria. El convencimiento de haber procedido lealmente, atemperando las observaciones al asunto que servía de tema en la discusión, sin aducir falsos recursos y sin rechazar la templanza, reconociendo en el enemi-

go las dotes de que alardeó en la liza, son circunstancias que enaltecen al vencido y le conquistan unánime consideración.

El *personalismo* empieza con la pérdida del recíproco respeto; sigue á las frases crudas y á las provocaciones, y termina muchas veces, en la querrela ventilada sobre el terreno llamado del honor.

Si este género de desenlace en las discusiones entre particulares es siempre doloroso, como cuanto supone una manifestación de la incontinencia, júzguese cual no será el desencanto que produce, cuando se desarrolla en la Prensa, en esa hermosa Tribuna que tiene la misión de velar por los fueros de todo lo digno y elevado.

Es bien conocida la razón fundamental de las buenas formas en la Prensa. «*Lo que en sociedad ó en la conversación con cualquiera individuo no se habla, tampoco debe escribirse en un periódico*».

Prescindiendo de este argumento, la Prensa está obligada á enseñar, y el lenguaje reprobado no cumple esa obra.

Considero el sistema de retirar un

periódico el cambio á otro puerilidad risible, porque revela la existencia de saña deplorable y porque la serenidad de juicio debe sobreponerse á todo impulso irascible y aceptar las situaciones en la forma que revistan.

Paréceme esa ruptura de relaciones la de los chicuelos en sus riñas y resquemores, que estallan y se extinguen sucesivamente, en un breve lapso de tiempo.

El espectáculo que dan dos periódicos cuando de tal modo traducen sus rencillas, provoca en un principio el comentario sério, y luego escita la broma y la frase de ironía.

En semejantes casos, los periódicos que mutuamente se desdennan, imitan á los novios reñidos. Estos fingn que no se observan cuando se encuentran próximos, y, sin embargo, se dirigen miradas á hurtadillas.

Así, los *colegas* enemistados no se visitan, pero son leídos en las Redacciones respectivas; es decir, que si analizamos un poco, vendremos á reconocer que algo hay de mistificación en el ostensible caso aludido.

La polémica, excepto la científica ó doctrinal, debiera proscribirse, de

modo que en su lugar, cada periódico escribiese lo que estimase oportuno; y, bien mirado, la modificación merece la pena de ser aceptada, porque las discusiones aburren casi siempre á los lectores y quitan al redactor que las sostiene el tiempo para trabajos, quizás de mayor interés.



Biblioteca del periodista.

PARA facilitar las tareas intelectuales en el ejercicio de la Prensa, conviene que la Redacción cuente con una pequeña *Biblioteca*, así como con varios mapas, toda vez que á lo mejor precisa consultar acerca de diversos asuntos.

Obras de Geografía, Historia universal y particular de nuestra patria, Economía Política, Derecho en sus diferentes divisiones, Literatura de España, Literaturas extranjeras, Ley de Imprenta. Código penal, leyes provincial y municipal, legislación de Aguas y de Sanidad, Diccionario de la Lengua, Diccionario etimológico, Diccionario de los términos del Arte, Diccionario geográfico y uno biográfico: hé aquí entre otros, los libros que

debe tener á su alcance el periodista, ya para compulsar una cita, explicar un concepto de técnica, ampliar un telegrama, ó para aprontar datos en la polémica, en el comentario y en la simple noticia que reclama algo de erudición.

Esto que señalo, no excluye en el periodista la mayor suma posible de conocimientos, pues la *Biblioteca* sirve, principalmente, para la urgencia del momento, porque en el periódico el tiempo tiene un valor precioso y tanto, que supone una ventaja en la ocupación diaria, encontrar dentro de la propia oficina lo que solicitamos, en lugar de demandarlo á nuestra casa particular, al amigo ó á la Biblioteca pública, ya de los centros docentes, ya de las sociedades de recreo.



XVI

Los aficionados.

HAN sido distintas veces objeto de la censura los *aficionados* en sus muchas expresiones, y sobre tema tan fecundo dieron gallardo testimonio de fina observación literatos de fuste.

No recuerdo si el aficionado al periodismo fué elegido como *anima vilis*, en esos cuadros humoristas; pero existe y lo vemos visitar las Redacciones y hacer que pierdan el tiempo los que allí trabajan.

El aficionado modesto y entusiasta, que conoce y practica las reglas de la cortesía, limitase á revelar amor al periodismo.

No causa perturbación alguna; es comedido; escribe más que habla, y habla poco; lee en voz baja un diario, y se abstiene de comentar y emitir in-

dicaciones respecto de lo que lee. Sigue con evidente interés la labor de los redactores y, como despedida, bien que sin formular súplica ni petición, entrega al Director las cuartillas.

Es decir, que su corrección y su deseo, claramente revelado, de seguir un aprendizaje, le conquistan aprecio franco y leal.

El reverso de este aficionado causa la impresión que los *enfants terribles* de la vida social.

El aficionado impertinente es locuaz y bullicioso; se precia de estar al cabo de las novedades del día y, sin embargo, las noticias que refiere á son de bombo y platillo resultan en extremo trasnochadas, al punto de excitar las risas y las bromas de los oyentes.

Si lee un periódico ha de ser en voz alta, y pretende que lo escuchen los presentes, los cuales se ven obligados á rogarle que guarde silencio.

Revuelve las mesas de trabajo, curioseas las pruebas, agarra las cuartillas, y, al abandonar la casa, deja escrita cualquiera necesidad, que pasa acto seguido, al cesto de los papeles inservibles.

—«¡Caridad!» (adivino que me gri-

ta el lector); mas considero que no representa una falta de caridad la mención de errores fáciles de corregir.

El *nosce te ipsum* debiera ser la primera advertencia regalada al aficionado.

—«*Conócete á tí mismo*, conviene repetirle; y cuando hayas conseguido este triunfo, que de tal merece ser calificado, acude al periódico de tu predilección; que si te conduces con suficiente mesura encontrarás amigos dispuestos á otorgarte sus advertencias y sus consejos.

El periodista es bondadoso y complaciente y no experimenta recelos por brindar lecciones al aficionado».



XVII

Recompensas.

PARA ejercer el periodismo en provincias (al menos en la mayoría de éstas) es preciso una fuerte dosis de vocación, ó cumplir aquella obra por puro entusiasmo, sin considerarla como un elemento de subsistencia; caso raro este último; pues si fiamos el presente y el porvenir á un trabajo cualquiera, lo hacemos con el racional y plausible propósito de obtener recursos que nos permitan atender á las necesidades materiales de la existencia.

En el particular aludido las ilusiones se marchitan y sucumben súbito, y flota insolente la realidad aterradora, reconviniendo al que, á la voz feroz de sus aficiones y olvidando lo po-

sitivo, creyó cándidamente que las cuartillas con su natural acompañamiento de artículos, gacetillas y todo el farrago que sirve para nutrir á diario las columnas del periódico, le valdrían tanto dinero como plácemes y consideraciones recibe.

Si el hombre ligado de esta suerte á la Prensa consume en ella los años útiles de su vida, exento de otros medios de subsistencia para el mañana, encontrará, luego de llegada la vejez, en unión de las enfermedades y la pérdida de las energías, un hospital ó un asilo, donde terminar sus días, presa del cruel dolor apareado á las situaciones de horrible desengaño.

Conste que señalo aquí la regla general, porque suele haber en la Prensa de provincias quienes, más afortunados que la mayor parte de sus compañeros, vencen las dificultades y conquistan posiciones de relativa holgura, aunque en ningún caso la racha de su fortuna traspasa los límites de lo mediocre.

Excusando reflexiones acerca de este interesante extremo, el periodista que alcanza la independencia, aun

en reducidas proporciones, debe considerarse feliz.

El dueño del periódico diario puede obtener, acaso, algún beneficio; pero por lo común, no es tal que le permita asignar sueldos importantes á los redactores, pues los gastos que lleva consigo la empresa son de cuantía, en relación con los ingresos, porque en provincias se desconocen las tiradas de muchos miles de ejemplares y representa un sério problema el hecho de utilizar los anuncios en las oportunas proporciones existiendo como existe la desdichada manía, (respecto de quien busca el periódico) de encontrar todo caro, de exigir considerable rebaja en los precios de tarifa, y hasta de recurrir á la influencia de la amistad para lograr la bonificación solicitada, con detrimento de respetables intereses.

Otro factor que entorpece el desenvolvimiento de la Prensa provinciana se halla representado por la costumbre (no ciertamente rara), de que el periódico al cual determinada familia está suscripta, corra de mano en mano entre la vecindad; resultando de táctica semejante, que con solo seis

reales de abono al mes (*verbi gratia*) satisfacen la curiosidad diez ó doce familias.

El lector puede hacer los comentarios que le sugiera su buen sentido.



XVIII

Deficiencia.

TIENE relación con las observaciones anotadas en el capítulo precedente, la deficiencia que voy á señalar.

Si las utilidades obtenidas no corresponden á los cálculos preconcebidos, ocurre que el personal de la Redacción es poco numeroso y tiene sueldos reducidos.

¿Cómo atender, con este sistema, todas las necesidades de la publicación, ni cómo exigir al periodista carácter de omnisciente?

Sin embargo; el diario vive; se alimenta de noticias y reviste la suficiente variedad y el necesario atractivo. El éxito se consigue, pero á costa de esfuerzos inauditos, de una sólida perseverancia y de vivir al minuto, reloj en mano muchas veces, porque

con frecuencia el redactor necesita encontrarse á la misma hora en dos ó tres sitios, aunque para llenar sus compromisos le falta el don de la ubicuidad.

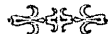
Tampoco es cosa extraordinaria, que mientras, por ejemplo, se ocupa en descifrar uno de los muchos telegramas que á las dos y las tres de la madrugada tiene en su carpeta, suene la campana fatídica tocando á fuego.

¿Qué hacer entonces? El periodista abandona despachos y papeles, corre al lugar del siniestro, recoge noticias, torna á la oficina y alterna, escribiendo á toda máquina, entre los detalles del incendio y las versiones que el telégrafo transmite.

La *división del trabajo*, principio económico para perfeccionar toda labor y convertirla en más cómoda y fructífera, carece de aplicación en la Prensa de provincias.

Dos ó tres individualidades tienen á su cargo todo cuanto se relaciona con la formación del periódico; y esta anomalía exige al exíguo personal conocimientos complejos que no se encuentran ni en el hombre más sabio.

Ello es que se sale del atolladero y se sale con lucimiento; y esta verdad, comprobada de continuo, representa el mejor elogio que puedo asignar á esos obreros de la inteligencia decididos á perseverar, con tan desventajosas condiciones, en el puesto de honor.



XIX

Intimidades.

EL periódico diario tiene dos aspectos, uno de los cuales, ó sea el correspondiente á su vida interior y particular, exige diversas observaciones.

Cuando aparece ataviado en la calle y luego en la casa del suscriptor, es imposible adivinar la suma de detalles que lo forman; los compromisos que fué necesario afrontar y vencer, y los caprichos y absurdos que salieron al paso, en el recinto de la Redacción, antes de darle aspecto adecuado y lanzarlo á la voracidad de los lectores.

Es achaque generalizado la creencia de que el periódico sirve de instrumento dócil para los fines de cada individuo, aunque en unas ocasiones sus complacencias pugnen con el objetivo que se persigue; en otras representen

un signo de lo ridículo y, en otras lleguen á la expresión de lo necio.

El egoismo no comprende ciertas cosas y se limita á perseguir obstinadamente lo que le conviene, sin paramientos en que el periódico que por su mal admite exigencias absurdas hace un desdichado papel.

He aquí la parte íntima de la Redacción.

Hay quien acude á ésta, solicitando un suelto en que se consigne que le tocó la Lotería; hay quien llega enojado porque su nombre (perfectamente desconocido) no figuró en la comitiva de un entierro; quien entrega con puntos y comas, para evitar incomodidades, según dice, la minuta del alumbramiento de su esposa; quien pide un *tombo* para su chiquitín, que es un calabaza, favorecido con buena calificación en los exámenes de una escuela elemental; quien para que se enteren sus amigos, bien que se trata de una persona enemiga de las exhibiciones, interesa la noticia de que emprende un viaje; y si pretendiera mencionar otros casos del mismo jaez, reveladores de la vanidad, necesitaría muchas páginas, de seguro.

He trazado este esbozo de personalismo estulto, pero debo añadir que el *ego* intransigente figura con gran suma de revelaciones de su flaqueza, aspirando á imponerse, bajo el pretexto de las afecciones, y hasta invocando el derecho (que de tal lo califican algunos majaderos), de suscriptores del periódico, al cual remiten un día y otro sus impertinencias.

Todo ello permanece oculto, y las torturas del Director que en tales circunstancias no tienen precio, constan en voluminoso catálogo de los *achasques del oficio*.

¿A qué obedece el procedimiento que censuro? ¿Cómo se explica que el comedimiento y el buen sentido brillen en las relaciones del particular con los funcionarios de todas las oficinas oficiales y de los demás centros y, en cambio, solo tenga aplicación la inconveniencia á la Prensa diaria?

Lo ignoro; pero la anomalía existe y, en multitud de ocasiones, con caracteres molestos.

Así, pues, es cosa corriente oír frases como esta:

—«Voy á hacer á usted un favor.
—Ponga usted en su periódico tal no-

ticia.»—Y la noticia solo importa al que la ofrece con aire protector.

*
* *

Acuden á las Redacciones, y esto no representa un secreto, tal porción de personas, que sin grande esfuerzo y sin poseer las luces de una inteligencia privilegiada, aprecia el redactor las condiciones diferentes de carácter, las cualidades y las flaquezas de cada una de las que forman el abigarrado desfile.

Y, naturalmente, la verdad brilla, á despecho de las tentativas puestas en acción por algunos visitantes para desvirtuarla.

Cada cual formula su exigencia; y he llegado á notar que los peticionarios se dividen en dos grupos: el de los desdeñosos y el de los susceptibles.

El desdeñoso interesa la inserción de un suelto en el que figura su nombre; y luego que al otro día (yá complacido) llaman su atención los amigos, suele contestar así:

—Oficiosidad de periodistas. Nadie autorizó á esos señores para que se ocupasen de mí.

El susceptible, colocado en situa-

ción análoga, se expresa de este modo.

—Crean ustedes que me indigna ese proceder. Soy enemigo de las exhibiciones y ahora me veo en letras de molde. Por supuesto, iré á la Redacción, y aseguro que se han de acordar de mí.

Y bien ¿qué hay en el fondo? Lisa y llanamente, que ciertos individuos consideran los periódicos así como de su propiedad y los utilizan según estiman oportuno, de lo cual deduzco la moraleja siguiente:

El periódico *Ulega*, según ahora se dice, á todas las gentes y, en consecuencia, encuentro natural lo que sucede.

Por supuesto, los dos casos consignados son preferibles á otras necedades, como la de pretender un prójimo que se diese cuenta de un altercado conyugal, desprovisto de resonancia y en el cual no tuvieron participación los agentes de la autoridad; exigir al Director ó al redactor que está en la oficina, atención completa para, regalarle la enojosa lectura de una poesía ó de un artículo; pedir consejo sobre asuntos desprovistos de relación con la Prensa y procurar, por último al

desgraciado periodista, miles de contrariedades que no idearon Beresford ni Martín, en sus *Tribulaciones de la vida literaria*.



Observaciones.

EL golpe de vista es indispensable para el redactor; y conste que lo aplique á la apreciación de los asuntos que caen bajo su férula, si bien, ampliando la idea, debe entenderse, así mismo, en las relaciones sociales.

El periodista que posee aquel privilegio, otorgado por la Providencia tanto como susceptible de alcanzar, puede cumplir con grandes ventajas su cometido, toda vez que fácilmente se hace cargo de las situaciones y, sin esfuerzo comprende la condición, el carácter, las cualidades y defectos de las personas que ha de tratar; y esa ventaja se refleja en el periódico, puesto que cuanto apunto va enlazado á la práctica de la profesión.



Cada individuo es libre de tener opiniones propias; y como soy uno de tantos individuos, profeso las mías, entre las cuales se encuentra el principio de que el periodista no debe en su trato intimar con las autoridades.

Sin excluir la consideración y la cortesía, que son distintivo de las personas educadas, conviene abstenerse de salvar la línea que divide el cumplimiento de las expresiones de la confianza en que se funda la verdadera amistad.

¿Qué razones justifican mi recomendación?

La necesidad de tener suficiente independencia para ocuparse de las autoridades, en el círculo de acción de la justicia, sin torcer esta ante el influjo casi siempre irresistible, de ciertas consideraciones; la conveniencia de evitar del público interpretaciones maliciosas, acerca del fundamento de la intimidad que rechazo, y el natural deseo de ahorrarse disgustos y contrariedades con la autoridad aludida, si por desgracia las exigencias periodísticas provocan una campaña en su contra.

Resulta, en efecto, una incongruen-

cia eso de mortificar á quien goza de nuestras simpatías ó de nuestro cariño; pues aunque siempre es penoso escribir censuras, no lo es tanto si se adopta el procedimiento que indico.

* * *

La noticia *sensacional* ocupa, (si la hay) un lugar preferente en el periódico, porque á la mayoría del público agradan los manjares fuertes; y es que el cambio advertido tiempo atrás en las costumbres, repercutió en la Prensa, como era de esperar.

Ayer, la vida tranquila y la dificultad de comunicaciones, contribuían á que el periódico tuviese cierto sello de somnolencia; pero al presente, las exigencias son múltiples; el Telégrafo con sus despachos y el Teléfono con sus impertinentes llamadas nos advierten la precisión de rendir pleito homenaje á la actividad enfermiza, que acorta nuestra vida y nos arrebató goces de antaño.

De este nuevo modo de existir hemos venido á parar, por virtud de constantes modificaciones, á que el periódico llegue á representar un elemento indispensable en toda sociedad;

y claro es que, perfeccionado un día y otro, ha despertado el interés, se identifica con el público, y reviste el carácter de un artículo de primera necesidad.

Volviendo á la noticia *sensacional*, apuntaré que debe ser explotada; y en esta obra se descubre la habilidad del periodista, su labor más ó menos fina, sus cualidades para la observación, los recursos con que cuenta, y su fantasía, destinada á imprimir á la narración intensidad dramática, en términos que conmueva y apasione.

Para conseguir el triunfo en tales casos, son indispensables las condiciones señaladas, que permiten al redactor desenvolver un plan detallado, con la necesaria división en capítulos, precedidos del indispensable exordio y engalanado á favor de incidentes, sirviendo de remate un epílogo, que sintetice y facilite á las gentes la tarea de formar del hecho un juicio, adicionado merced á la opinión del periodista, expresada en términos rotundos.

Conste que en ningún caso son lícitas las mistificaciones ni las mentiras, porque abusar de la buena fe de los

lectores tiene la significación de una estafa.

*
* *

Una de las más legítimas ambiciones del periodista consiste en *adelantar* la noticia.

Esto es demasiado propenso á errores, más después viene la aclaración, aunque á decir verdad, llámese así ó llámese *rectificación*, poco tiene de agradable.

La prudencia determina las circunstancias oportunas para anticipar la noticia sin el convencimiento de que cuanto se escribe está ajustado á la exactitud; y entonces, el noticierismo cumple su oficio y salva cualquiera dificultad, empleando la fórmula anti-pática de: *Se dice, Tenemos entendido, Según parece*.

En todos los casos merece disculpa el error, porque obedece al propósito de servir al público las primicias de un asunto, de un acontecimiento que excita la curiosidad ó el interés.

*
* *

Para muchos periodistas es casi denigrante la *rectificación*; pero si la

noticia que la reclama no fué inspirada por la mala fe, juzgo testimonio de caballeridad hacer una explicación que restituya la exactitud á lo presentado como erróneo.

Adviértase que me refiero á la rectificación solicitada sin exigencias duras, y sí, únicamente, invocando la sinceridad á que todo hombre bien nacido se encuentra obligado.

* * *

En ninguna profesión hay, como en la del periodismo, tantas ocasiones para lucir el ingenio y la habilidad, y llenos aparecen los anales de la Prensa con episodios que confirman esas aptitudes en las que, sobre todo los *reporters* norteamericanos, ocupan lugar de importancia.

No hay manera de trazar líneas invariables para esta práctica y, por consiguiente, me abstengo de entrar en semejantes derroteros y me limito á recomendar á mis colegas la adopción de todos los procedimientos, aunque rayen en lo extravagante, para llegar á la *meta* suspirada; esto es, á dar constante atractivo al periódico,

y á tener suficiente habilidad, á fin de que cada día regale á los lectores, *una novedad*, siquiera.

* * *

Colocado en el terreno de las recomendaciones, séame permitido señalar una que se dirige á los altos poderes del Estado, circunstancia que, (sin ser yo pesimista por temperamento) es bastante para que de nada sirva, y consiste en la conveniencia de dotar las Universidades de nuestro país con cátedras de Periodismo.

La proposición tiene tan comprensible alcance, que no necesita ser apoyada.

* * *

Mucho puede escribirse respecto de la Prensa, pero bastaban á mi propósito las observaciones precedentes, no obstante resultar escuetas de doctrina y saturadas de deficiencias.

El campo que me suministra estos apuntes, no está espigado.

Ténganlo en cuenta otros escritores, tan competentes cuanto indocto soy yo, y tracen el cuadro completo

del Periodismo español, ornamento de nuestras instituciones cultas y al cual dan brillo y realce hombres ilustres, verdaderas glorias de la Patria.

FIN.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.	3
ADVERTENCIA.	5
I. El periódico en general.	7
II. El periódico político y el independiente.	16
III. El periódico moderno.	19
IV. El periodista	22
V. El Director.	27
VI. La confección.	31
VII. Secciones.	34
VIII. El recorte.	39
IX. Las frases célebres	42
X. El bombo.	45
XI. La interview	47
XII. Los apelativos.	50
XIII. El escándalo.	53
XIV. La polémica.	56
XV. Biblioteca del periodista.	61
XVI. Los aficionados.	63
XVII. Recompensas	66
XVIII. Deficiencia.	70
XIX. Intimidades.	73
XX. Observaciones.	79